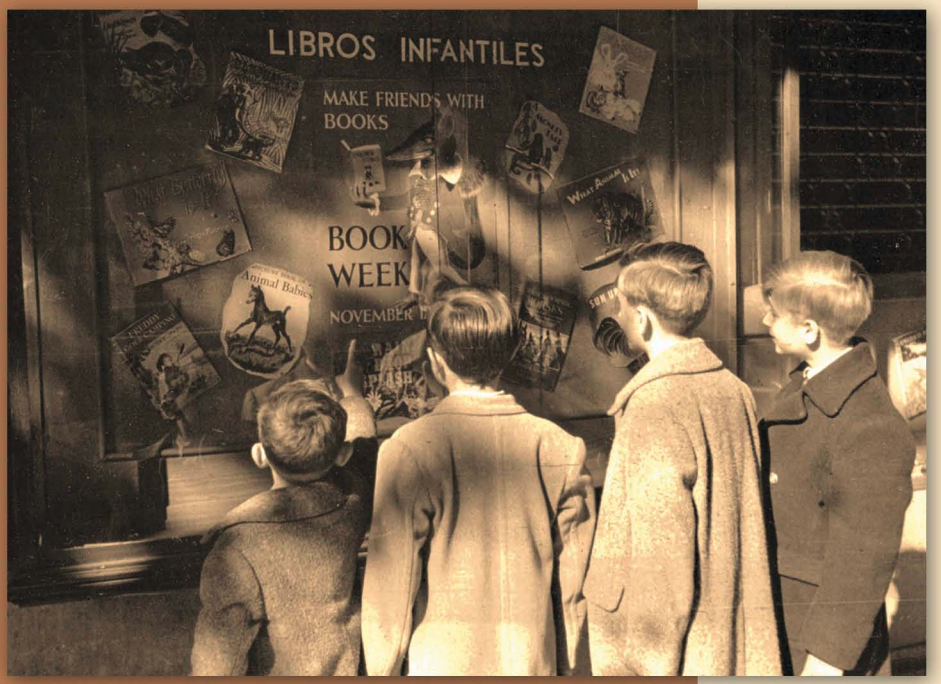
Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

¿Antídoto contra el antiamericanismo?

American Studies en España, 1945-1969

Francisco Javier Rodríguez Jiménez



PUV

¿ANTÍDOTO CONTRA EL ANTIAMERICANISMO? AMERICAN STUDIES EN ESPAÑA, 1945-1969

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

http://www.uv.es/bibjcoy

Directora
Carme Manuel

¿ANTÍDOTO CONTRA EL ANTIAMERICANISMO? AMERICAN STUDIES EN ESPAÑA, 1945-1969

Francisco Javier Rodríguez Jiménez

Prólogo de
Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Josefina Cuesta Bustillo

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans
Universitat de València

¿Antídoto contra el antiamericanismo?
American Studies en España, 1945-1969

©Francisco Javier Rodríguez Jiménez

1ª edición de 2010
Reservados todos los derechos
Prohibida su reproducción total o parcial
ISBN: 978-84-370-8330-8

Imagen de la portada: FOTO 306-CS-5E-2: USIS BARCELONA, Spain
Large numbers of children visit the Information Center. This picture shows part of the Street-level Windows displays of children's books during Book Week,
November 12-18, 1950. Barcelona, Spain.
J.A. Saez Guerrero
Ref: NARA, Still Pictures, RG 306, CS, Box 8, 306-CS-5E-2
Agradecemos a Lorenzo la cesión de esta fotografía

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València
http://puv.uv.es
publicacions@uv.es

A mi familia,
pilar fundamental de mi vida

If men could learn from history,
what lessons it might teach us!
But passion and party blind our eyes;
and the light which experience gives us
Is a lantern on the stern
which shines only on the waves behind us.

Samuel Taylor Coleridge

Índice

Prólogo,
Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Josefina Cuesta Bustillo 13

Abreviaturas 19

Agradecimientos 21

Introducción 23

American Studies para un mundo bipolar 29

American Studies en la universidad española del primer franquismo 77

American Studies en la España del desarrollismo, 1957-1969 143

Conclusiones 243

Apéndice documental 249

Fuentes y bibliografía 261

Prólogo

La percepción de América en la sociedad española ha estado marcada en buena medida por su pasado histórico: el río Grande supone una clara línea divisoria entre lo próximo y lo lejano. El centro y el sur del continente han sido objeto de un permanente interés, de intensidad desigual según los países y las coyunturas, pero manteniendo un foco constante de atención. No en vano aquel espacio geográfico otorga a España y al español una proyección internacional de la que se carecería si quedasen limitados a su posición europea. Con respecto al norte la situación es diferente. Canadá es un país casi desconocido. Estados Unidos no ha corrido idéntica suerte pero, pese a que es imposible sustraerse al impresionante volumen de información que emite la nación norteamericana, lo cierto es que el conocimiento sobre ella de buena parte de los españoles es bastante superficial.

¿Se trata de una reacción de desinterés? Sería aventurado afirmar tal cosa, teniendo en cuenta el lugar que ocupa ese país en las noticias, la política, la economía, la cultura o la ciencia españolas. Estados Unidos no provoca indiferencia en la sociedad española, más bien todo lo contrario ¿Prejuicios entonces, fruto de un estereotipo de larga duración periódicamente reactualizado? Sin duda algo de eso hay en uno de los países que muestra uno de los mayores índices de antiamericanismo de Europa, donde convergen corrientes de pensamiento de derecha e izquierda en torno a móviles distintos pero con una carga crítica similar ¿Secuelas de una rivalidad, más teórica que real, por ejercer una cierta influencia en América Latina? Tampoco cabe descartar su posible incidencia, pero en todo caso sólo afectaría a sectores puntuales.

El libro de Francisco J. Rodríguez Jiménez indaga en uno de los elementos explicativos del endeble conocimiento existente en España sobre Estados Unidos: la deficiente y tardía incorporación a las aulas universitarias españolas del estudio sobre el país norteamericano. Si bien es cierto que a partir de 1945 empezaron a constituirse en las universidades españolas departamentos de Historia de América,

también lo es que aquella América objeto de análisis y enseñanza no incluyó al norte del continente hasta una fecha mucho más cercana de lo que podría pensarse. Es más, hasta 1987 no se fundó un centro universitario específicamente dedicado a los estudios norteamericanos en la Universidad de Alcalá, el actual Instituto Franklin, único existente hoy en día en nuestro país de esas características.

El lector encontrará en las páginas de esta obra las principales claves del proceso de expansión de los *American Studies* (o Estudios Norteamericanos en su acepción más empleada en España). Como todas las grandes potencias a lo largo del siglo XX, Estados Unidos acabó empleando los medios de persuasión a su alcance para intentar granjearse la simpatía de otras naciones o la afinidad de sus élites dirigentes. Propaganda y acción cultural han discurrido por caminos paralelos al integrarse en los instrumentos de la política exterior, siendo frecuente que ambos recursos se superpusieran en coyunturas de crisis para ganar a la opinión pública internacional. En nuestros días se habla de diplomacia pública o de *soft power (*poder blando) para tratar de darle una connotación menos beligerante o más acorde con los nuevos desafíos del fenómeno de la globalización. A la postre los móviles viene a ser parecidos: proyectar una imagen favorable hacia la opinión pública, justificar los objetivos propios y rebatir los argumentos de los antagonistas, captar a los líderes presentes o futuros, y extender el horizonte de la política exterior más allá de mecanismos coercitivos (militares o económicos). Los *American Studies* fueron concebidos en un determinado momento por los poderes públicos y por otros promotores privados como un recurso privilegiado para irradiar los valores de la nación americana, su estilo de vida, sus formas de pensamiento y organización social, su cultura y su ciencia, su visión del mundo. Ese momento no fue otro que el caracterizado por el incremento de la tensión con el bloque comunista.

Puesto que Europa era por entonces un escenario estratégico en la rivalidad por la hegemonía, también lo fue en la promoción de los conocimientos sobre Estados Unidos. Las diversas enseñanzas sobre la materia comenzaron a ganar terreno en las aulas europeas después de la segunda guerra mundial, contando con el decidido respaldo de la diplomacia de aquel país sobre todo a partir de los años cincuenta. Sus protagonistas iniciales fueron los grupos académicos que impartían tales enseñanzas en Estados Unidos, que lograron captar la atención de medios gubernamentales y fundaciones filantrópicas llegando a tejer, en el contexto de la guerra fría y la confrontación bipolar con la Unión Soviética, una "comunidad

compartida de intereses" a la que hace referencia el autor del libro. Pero la trayectoria de esa convergencia no fue lineal ni estuvo exenta de contradicciones y recelos, procedentes tanto de los emisores de aquellos conocimientos como de sus potenciales receptores.

A lo largo del libro se puede apreciar la pulsión nacionalista que latía tras una reivindicación de la creación cultural propia y su deseo de desprenderse de la patina de subproducto de la cultura europea. También el interés que esa faceta consiguió despertar en los medios oficiales y cómo se auspició su implantación en el sistema universitario europeo, a menudo por vías indirectas. El Programa Fulbright ocupó un papel destacado en esa labor, a la que contribuyeron igualmente de forma destacada fundaciones privadas como la Ford y la Rockefeller comprometidas con la difusión de la cultura norteamericana en el exterior y, al mismo tiempo, solidarias con los objetivos de su gobierno en este ámbito. Se observa asimismo que aquella sintonía de intereses entre universitarios, diplomáticos y gestores culturales no fue tan firme y cerrada como se ha querido presentar, que existieron conflictos de competencias, falta de unanimidad y de coordinación, junto al temor a ser comparados con sus adversarios al utilizar la cultura para fines políticos –ganándose ese apelativo de "propagandistas reticentes" con que han sido calificados en alguna ocasión.

Otra aportación de singular relieve es la reflexión sobre la dificultad de delimitar el radio que cubrían los *American Studies*, qué materias se aspiraba a priorizar y los motivos que hubo tras ello. Para empezar, la sociedad europea mostraba un aprecio hacia los avances científicos y tecnológicos estadounidenses que contrastaba con el desdén con que recibía muchas de sus creaciones culturales. Algo equivalente cabría decir de la acogida entusiasta que encontraban las manifestaciones de la cultura popular estadounidense y que distaban de la frialdad con que eran acogidos los productos de alta cultura. Por ello se puso el énfasis en el patrocinio de estos últimos, máxime cuando se detectó que entre los detractores del modelo americano y portavoces del antiamericanismo se encontraba un nutrido sector de la *intelligentsia* europea.

Factor condicionante de partida fue además el amplio desconocimiento del inglés existente entonces en la población europea, lo que condujo a una cierta concentración de esfuerzos, más inevitable que buscada, en los estudios de lengua inglesa. Por otro lado, mientras que las enseñanzas relativas a las Ciencias Sociales sí despertaban una creciente audiencia en las aulas europeas no ocurrió otro tanto

con las especialidades más vinculadas con la Humanidades. En resumidas cuentas, lo que comenzó como un movimiento que pretendía la interdisciplinariedad y la fusión de perspectivas de conocimiento para proyectar una imagen más holística de la *Americaness*, terminó por primar la enseñanza de la literatura, la filología inglesa y, en menor medida, la historia de Estados Unidos.

La recepción de aquellas materias en las universidades europeas fue dispar y las conclusiones al respecto deben ser matizadas, según los países y las especialidades. En términos generales, al escepticismo y los prejuicios sobre el valor de las aportaciones culturales norteamericanas se unió una tradición académica que favorecía poco la incorporación de nuevas disciplinas y que, en consecuencia, dificultaba la perspectiva interdisciplinar que originalmente se asociaba con aquellos estudios. Fue frecuente que las iniciativas estadounidenses chocaran con un cierto desinterés de los medios académicos, diferente entre unas materias y otras, con la falta de continuidad y de integración permanente de las enseñanzas en el currículo universitario. El Seminario de Salzburgo y el Bologna Center de la John Hopkins University fueron los dos focos europeos de referencia en la promoción de los *American Studies*, si bien desde la década de los años cincuenta un buen número de universidades contaron con profesores que impartieron asignaturas o seminarios en este campo, a la par que se crearon toda una serie de centros consagrados a la docencia e investigación —en muchos casos bajo el impulso y con la colaboración económica de las autoridades norteamericanas.

En España se repitieron algunas de las circunstancias mencionadas, pero en un entorno universitario aún más refractario a la introducción de materias novedosas, sobre todo si de las carreras de humanidades se trataba. El trabajo de Rodríguez Jiménez reconstruye con minuciosidad el lento avance de los *American Studies* en España, la necesidad de empezar por asentar la enseñanza del inglés, la competencia más que colaboración con los profesores de origen británico, la escasez de fondos, el apoyo sobre el terreno de la diplomacia estadounidense, las renuencias encontradas entre sus interlocutores españoles. Salamanca, Madrid, Barcelona y Zaragoza fueron núcleos tempranos en el intento de que cuajaran esos estudios, que tenían que lidiar con la rigidez de las enseñanzas establecidas, la falta de interés de buena parte de las autoridades académicas, las reticencias que provocaban en los medios universitarios. Seminarios y cursos dirigidos a los potenciales agentes de esos conocimientos actuaron como vanguardia del proceso,

que adquirió una mayor intensidad gracias al concurso de las becas Fulbright que permitieron el envío de especialistas norteamericanos para hacerse cargo de aquellas enseñanzas.

La financiación de los intercambios corrió a cargo de las autoridades norteamericanas hasta finales de los años sesenta, término del período abordado por la obra. Tal circunstancia no fue ajena a la prioridad que alcanzaron las humanidades y los *Américan Studies* en las becas concedidas, de acuerdo con las preferencias estadounidenses, en tanto que las otorgadas a especialistas de ciencias, más interesantes para la parte española, fueron ocupando un porcentaje cada vez menor. Sin embargo, tales esfuerzos tropezaron con obstáculos similares: las materias impartidas tenían carácter optativo y temporal, los profesores se topaban a menudo con la indiferencia de sus colegas y con unas precarias condiciones docentes, las autoridades universitarias no se comprometían a mantener esas asignaturas cuando cesaba la estancia de los profesores subvencionados por el gobierno norteamericano. Finalmente, se consiguió afianzar la enseñanza del inglés, avalada por la creciente demanda profesional de ese idioma, pero el progreso en los conocimientos sobre Estados Unidos resultó mucho más modesto. Si bien la red de centros propios o binacionales gestados a instancias de la diplomacia de aquel país creció durante la década de los años cincuenta, no ocurrió algo equivalente en el panorama universitario español que era a fin de cuentas el objetivo de la promoción de los *American Studies*. La primera cátedra de Estudios Norteamericanos no se constituyó hasta finales de los años sesenta, en la Universidad de Valencia

En definitiva, este libro desmenuza los factores que otorgaron una especial incidencia a un determinado *area study* más allá de su propia entidad académica. Factores que tuvieron que ver con una reivindicación de la capacidad de creación cultural norteamericana, con su búsqueda del liderazgo mundial, con la confrontación ideológica de la guerra fría, con la convergencia de intereses de sectores universitarios, fundaciones filantrópicas y organismos gubernamentales, con la pretensión de disponer de cauces de persuasión más sólidos a través de los cuales acceder a las sociedades europeas. Su contribución no se queda en la descripción hagiográfica ni en la crítica simplista que han sido habituales al aproximarse a este tema, profundiza en los entresijos de los protagonistas, sus objetivos, los recursos empleados, las estrategias aplicadas. Es una obra de análisis,

que enmarca acertadamente el despliegue de los *American Studies* en las coordenadas históricas que le confieren su pleno significado.

El caso español es examinado con mayor detenimiento para apreciar como se incorporó a ese proceso global. La alianza de conveniencia suscrita por ambos países en 1953 motivó que el gobierno norteamericano recurriese a la diplomacia cultural para generar un clima de opinión favorable a su presencia militar en el país ibérico. El apoyo a la extensión de los *American Studies* fue una de las medidas preferentes en esa línea si bien, como se desprende de esta investigación, sus frutos resultaron más bien modestos. La colaboración de las autoridades educativas fue escasa, el interés por las letras estadounidenses no pasó de ser marginal. Mejor paradas salieron las Ciencias Sociales de procedencia norteamericana, en particular la economía o la sociología. Desde mediados de los años sesenta, la enseñanza del inglés también inició un ascenso continuado, a lo que contribuyeron las iniciativas británicas.

Todo lo anterior hace de esta obra una valiosa aportación al campo de las relaciones culturales internacionales y al conocimiento de la dinámica entablada entre Estados Unidos y España después de la segunda guerra mundial, un terreno que en los últimos años está adquiriendo una notable vitalidad y adoptando una pluralidad de enfoques analíticos. Su publicación en la Biblioteca Javier Coy d'Estudis Nord-Americans de la Universidad de Valencia está más que justificada y es una muestra del buen hacer y coherencia académica que está imprimiendo a esa labor editorial su directora, Carme Manuel, a quien hay que agradecer su interés en la materia y su diligencia a la hora de que estas páginas llegasen al lector. Si una de las tareas esenciales de una investigación es contestar a algunos interrogantes y suscitar los siguientes, este libro cumple con creces ese objetivo.

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Josefina Cuesta Bustillo

Abreviaturas

Abreviaturas institucionales

ACEE: Advisory Commission on Educational Exchange
ACIECA: Advisory Commission on International Educatioanl and Cultural Affairs.
ACAS: Advisory Committee on American Studies
ALC: American Language Center
ACLTE: Advisory Commettee in Linguistic and the Teaching of English
ACLS: American Council of Learned Societies
AID: Agency for International Development
ASA: American Studies Association
ASH: American Studies Humanities
ASSC: American Studies Social Sciences
BAAS: British Association for American Studies
BFS: Board of Foreign Schoolarship
BNC: Binational Center
BECA: Bureau of Educational and Cultural Affairs
CBARC: Conference Board of Associated Research Councils
CEAA: Congress of European American Associations
CIEP: Committee on International Exchange of Persons
COAA: Committee on Overseas American Arts
DCR: Division of Cultural Relations
ECAS: European Center on American Studies
FLP: Foreign Leaders Program
ICA: International Cooperation Agency
IEEXS: International Educational Exchange Service
IEP: Instituto de Estudios Políticos
IIA: International Information Agency
IIE: International Institute of Education
NMA: Non Military Agreement
PAO: Public Affairs Officer
RAG: Resource Allocations Groups
RKF: Rockefeller Foundation
USIS: United States Information Service
VOA: Voice of America

Abreviaturas de fondos documentales

ACENV: Archivo del Centro de Estudios Norteamericanos de Valencia
ACFE: Archivo de la Comisión Fulbright-España
AJHUB: Archive of the John Hopkins University Bologna Center
AGA: Archivo General de la Administración
AIENB: Archivo del Institut d'Estudis Nord-Americans de Barcelona
AUSAL: Archivo de la Universidad de Salamanca
FFA: Ford Foundation Archive
NARA: National Archives and Records Administration
LC: Library of the Congress

Agradecimientos

No sería justo empezar estas líneas de agradecimiento sino por Antonio Rodríguez Noriega, Mª del Carmen Jiménez Megías y Lidia Rodríguez Jiménez. Mi padre, mi madre y mi hermana son los pilares emocionales que han permitido levantar este edificio en forma de libro que ahora presentamos.

Sin embargo, el mismo no habría nunca visto la luz sin el apoyo y las observaciones de Josefina Cuesta Bustillo y de Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla. Ambos son los arquitectos de la obra y los valedores de una parte de sus posibles aciertos. Las grietas o goteras que puedan aparecer con el tiempo han de ponerse en el haber del que escribe.

Con otros profesores he contraído una deuda académica que es justo reconocer. Aun a riesgo de olvidar a alguno —vayan mis disculpas por adelantado—, es el caso de Volker Berghahn, Giuliana Gemelli, Antonio Niño, Tiziano Bonazzi, Sylvia Hilton, Guillem Iglesias, Ana Manzanas o Carme Manuel. A estas últimas, sin llegar a ser *sensu stricto* las arquitectas, les debo parte importante de lo aquí trazado. Entre la colaboración científica y la amistad se encuentran Blanca Deusdad, Noemí Cubas, Michelle Chang, Celia Garzón, Elisa Gavari, David Hidalgo, Pablo León, Fernando Luis, José Antonio Montero, Mabel Morales, Helí Ovalle, Mª Paz Pando, Tomasso Piffer, José Carlos Rueda, Yolanda Redondo, Teresa Sanhueza y Susana Schmidt. Rueda fue sufrido instructor de mis escasas habilidades informáticas.

Mi reconocimiento ha de hacerse extensible igualmente a todo el personal de la Comisión Fulbright España-Estados Unidos. Es preciso poner negro sobre blanco los nombres de su directora María Jesús Pablos y su subdirectora Shelley Buckwalter. Nines Aguilar, Patricia de la Hoz, Pilar Gómez, Miguel López, Miguel Nieto, Paula Ortega, Aitor Rubio, Victoria Ruiz, Guy Vanover y un largo etcétera, imposible de plasmar en sus detalles, hicieron más llevadero mi trabajo entre cajas y legajos. Patricia fue sostén anímico y colaboradora eficientísima. Otro tanto de lo

mismo habría que decir de quienes facilitaron mi investigación en los demás archivos españoles y americanos que visité.

Pese a la consabida limitación de este tipo de agradecimientos colectivos, quisiera mostrar mi gratitud a todos mis compañeros de departamento, al PAS de la Facultad de Geografía e Historia de Salamanca y en especial a Yolanda López Bermejo, uno de los pilares más sólidos de ese otro edificio y de un valor humano encomiable.

Last but not least, se encuentra la lista de amigos que hacen que uno se sienta afortunado, porque un hermano puede no ser un amigo, pero un amigo siempre será un hermano: David Aragón, Juan Vicente Bachiller, George Cabral, Julio de la Iglesia, Francisco Dopico, David Escobar Toro, Gonzalo Fernández, Rafael Gómez, Marco Garrote, Pepe González, Pedro Masa, Jesús Moreno, Miguel Piedehierro, Víctor Ramos, Tomás Sánchez y Luisma Vidigal.

Introducción

La enseñanza de la lengua y la cultura propias más allá de las fronteras nacionales no ha dejado de tener importancia con la el final de la guerra fría. Incluso hay indicios que permitirían aventurar que la apuesta por ese tipo de estrategias de *poder blando* continuará en los próximos años. Todo apunta pues a que cualquier nación que aspire a jugar un papel destacado en el orden geopolítico internacional deberá tener en cuenta tal "munición."[1]

Dicho lo cual, cabe preguntarse: ¿cuáles han sido las directrices generales de la diplomacia cultural estadounidense en ese sentido desde el final de la segunda guerra mundial?, ¿en qué medida afectaron aquellas medidas a las relaciones entre Estados Unidos y la España franquista? El libro que aquí presentamos se vertebra en torno al intento de resolver esos dos interrogantes, y otros más específicos que formularemos posteriormente.

Como punto de partida, conviene señalar que una de las singularidades de la diplomacia cultural norteamericana respecto a la de otras naciones ha sido la mayor importancia del componente privado en su configuración y ejecución. Los diferentes ejecutivos estadounidenses han mostrado, en mayor o menor medida, una cierta renuencia, —al menos de cara a la galería— a intervenir en ese tipo de cuestiones culturales.

En un buen número de ocasiones, han preferido dejar ciertas *cultural issues* en manos del sector privado. En consecuencia y hablando de manera general, el margen de maniobra para que universidades privadas o fundaciones filantrópicas

[1] No deja de ser llamativo en ese sentido el rápido crecimiento experimentado por la diplomacia cultural china en los últimos años. Como muestra un botón: el Instituto Confucio —equivalente a la Alliance Française, el British Council, o el Cervantes— encargado de la difusión de la lengua y cultura china en el exterior, cuenta hoy en día con más de trescientas sedes en todo el mundo, superando ligeramente a la institución británica, y a la española por mucho. Lo más sorprendente no es tanto su número cuanto su vertiginoso crecimiento. Y es que el primero fue inaugurado en noviembre de 2004. Un buen punto de partida para el análisis de esta nueva estrategia de poder del gigante asiático en KURLANTZICK, Joshua: *Charm offensive: how China's soft power is Transforming the world*, New York, Paperback, 2008. Una mirada al asunto desde el punto de vista de las producciones cinematográficas chinas y su relación con Hollywood en ROSENDORF, Neal: "What Hollywood can do for (and to) China," *The American Interest,* Spring (March-April) 2009, vol. IV, No. 4 (2009), pp. 84-91.

ejecutasen sus propios programas de acción cultural ha sido considerable. En palabras de Nicholas Cull, Estados Unidos ha sido un "skeptical participant" de tales estrategias de *soft power*.[2] Jessica Gienow-Hecht ha hablado de los estadounidenses encargados de tales asuntos como "propagandistas reticentes."[3] Lo cual no quiere decir que no las hayan adoptado. Lo han hecho, pero según Frank Ninkovich con una especie de "mala conciencia" de estar haciéndolo.[4]

En lo que atañe a los Estudios Norteamericanos o *American Studies*, veremos cómo unas veces las iniciativas públicas y las privadas caminaron por la misma senda y otras tantas fueron por caminos distintos. El aparato diplomático no siempre pudo lograr que ciertas decisiones no gubernamentales siguieran las directrices marcadas desde Washington. Ello nos obliga a preguntarnos: ¿hubo comunidad de intereses entre unos y otros para favorecer la difusión en el exterior de los Estudios Norteamericanos?, ¿cuánto duró el entendimiento?, ¿cómo se resolvieron las discrepancias existentes entre los distintos actores implicados?, ¿qué se esperaba obtener de aquella empresa de proyección cultural en el exterior?

Por otro lado, hay que tener en cuenta que la actuación norteamericana en este ámbito estuvo fuertemente mediatizada por el clima de guerra fría con el bloque comunista. Tal condicionante hizo que un alto número de las actividades financiadas con dinero americano fueran pronto percibidas en el exterior como meras acciones de propaganda cultural, aunque no todas lo fueran.[5] El gobierno estadounidense intentó evitar en la medida de lo posible esa asociación de ideas. Una tentativa que resultó estéril en no pocos casos.

Asimismo conviene no olvidar que la opinión pública norteamericana jugó un papel relevante. Incluso en los momentos más tensos de enfrentamiento con Moscú, una parte de la misma se mostró contraria a la implicación gubernamental en programas de propaganda cultural en el extranjero. Todo lo que entrase dentro de aquel paraguas era visto de algún modo como algo susceptible de abusos de

---

[2] "The US is at its heart a skeptical participant in public diplomacy, and the development of the practice was contingent on the anomalous politics of the Cold War (...), *vid.* CULL, Nicholas: *American Propaganda and Public Diplomacy. The United States Information Agency and the Cold* War, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 594.

[3] GIENOW-HECHT, Jessica C.E.: *Transmission Impossible. American Journalism as Cultural Diplomacy in Postwar Germany, 1945-1955*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999, p. 5.

[4] "Americans have never felt fully at ease with cultural diplomacy activities (...) both because of a widespread belief that diplomacy is about power (rather than mutual interest) and because of an aversion to 'official culture', *vid.* NINKOVICH, Frank: *U.S. Information Policy and Cultural Diplomacy,* New York, NY Foreign Policy Association, 1996, pp. 5-7.

[5] KENNEDY, Liam y LUCAS, Scott: "Enduring Freedom: Public Diplomacy and U.S. Foreign Policy," *American Quarterly*, vol. 57 (2005), pp., 309-333.

poder, como un *dirty business* poco democrático. La promoción y difusión de los Estudios Norteamericanos más allá de las fronteras americanas no escapó a tales suspicacias.

Semejantes percepciones, podrían explicar una aparente paradoja: la poderosa nación estadounidense no cuenta en la actualidad con un órgano institucional público equivalente al British Council, la Alliance Française, el Instituto Cervantes o los Institutos Confucio. La United States Information Agency —USIA— que jugó, hasta cierto punto, un rol similar a los centros aludidos desde 1953, fue desmantelada en 1999 por la administración del presidente Clinton.[6] ¿Por qué esa *singularidad* estadounidense?

En los capítulos que ofrecemos a continuación acometeremos el análisis histórico de lo que fueron los planes gubernamentales, y algunos privados, para la promoción de los *American Studies* en el extranjero. Desde ese marco general se analizarán a posteriori las particuliradidades del caso español.

¿Por qué no prolongar el análisis hasta el final del franquismo? La respuesta tiene que ver con un cambio significativo tanto en el escenario general como en el específico de lo ocurrido en las aulas universitarias españolas. La guerra de Vietnam, la administración Nixon y otros factores internos —cambios de paradigmas, búsqueda de nuevos métodos, etcétera— hicieron que el *area study* de los Estudios Norteamericanos sufriera una importante transformación a partir de mediados de los años sesenta. Por lo demás y en territorio peninsular, aquella fecha supuso el inicio de un nuevo *tempo* en las relaciones políticas hispano-norteamericanas. La avanzada edad del *Caudillo* empujó a los norteamericanos a redoblar sus esfuerzos de relaciones públicas para asegurarse que los nuevos dirigentes españoles les siguiesen permitiendo el acceso a las bases militares en un futuro sin Franco. Simultáneamente y en lo que se refiere al ámbito educativo, se comenzaron a trazar las líneas maestras del denominado *Libro Blanco*. Una reforma en la que los agentes de la diplomacia cultural depositaron sus esperanzas de un mayor afianzamiento de los *American Studies* en las universidades franquistas.

---

[6] El principal valedor del concepto de *soft power*, Joseph Nye, formó parte del consejo asesor en cuestiones internacionales del presidente Clinton. Paradójicamente y al parecer desoyendo los consejos de éste y otros analistas, el Congreso americano puso punto y final a la USIA en 1999. Nye y uno de sus colaboradores escribieron, poco antes, sobre la supuesta valía de esta agencia para fomentar la democracia en el mundo en estos términos: "*It is ironic to find Congress debating whether to dismantle USIA just when its potential is greatly expanding," vid.* NYE, Joseph and OWENS William: "America's Information Edge" *Foreign Affairs*, vol. 75, nº 2 (March-April, 1996), p. 30. El énfasis es nuestro.

Todo ello permite suponer que el rumbo posterior de este tipo de estudios, así como su posible utilización con fines propagandísticos, siguieron unos derroteros bastante diferentes. De ahí la acotación temporal elegida.

Problemas metodológicos

El primero de los obstáculos con que topamos fue precisar qué eran o qué habían sido los *American Studies.* No son pocas las obras que hablan sobre los distintos métodos, autores más relevantes, paradigmas etc., que se han dado en dicha *area study*;[7] o más bien, cabría decir lo ocurrido en lo relativo a la investigación y docencia de la *American Literature*. Y es que, pese a que los promotores originales de los *American Studies* postularon una mirada interdisciplinar que diese cabida tanto a las Humanidades como a las Ciencias Sociales que tuvieran algo que decir sobre la *Americaness*, lo cierto es que esa visión holística se ha visto reducida prácticamente al análisis de las obras literarias. Creaciones de poetas y escritores estadounidenses, acompañadas, a lo sumo, de una cierta contextualización histórica.

Ocurre, sin embargo, que las primeras catas documentales que realizamos daban cuenta de una realidad diferente. La documentación hablaba de los *American Studies* como conjunto de disciplinas que debían ser vistas y estudiadas como un todo unitario:

> Considered as *American Studies* and commonly included in *American Studies* projects, are such studies as American history, American literature and civilization, the study of Americana, American education, American government, American Architecture and the Arts, Political and Social Sciences dealing primarily with the development of institutions in the United States, Economic Geography in the United States, the teaching of the English language. The present survey will include exchange of persons, book presentations and other activities related to organized courses in foreign universities, schools, seminars and summer schools *including the above subjects and others taught as a part of area study dealing with America*.[8]

---

[7] Valgan como ejemplo, entre otras, las obras: FISHWICK, M.W.: *American Studies in transition*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1964; MEREDITH, Robert (Ed.): *American studies: essays on theory and method*, Columbus, Ohio, Charles E. Merrill Publishing Co, 1968; WALKER, Robert (Ed.): *American Studies abroad*, London, Greenwood Press, 1975; BRADBURY M. y TEMPERLEY H. (Eds.): *Introduction to American Studies*, New York, Longman Inc., 1981. Más recientemente, KERBER, Linda: "Diversity and the Transformation of American Studies" *American Quarterly*, n° 41 (1990), pp. 415-431 y VERHEUL, Jaap (Eds.): *Through the Cultural Looking Glass: American Studies in Transcultural Perspective*, Amsterdam, VU University Press, 1999, pp. 91-103.

[8] "Current contributions of American private agencies to the Development of *American Studies* in foreign countries" 13/04/1955. NARA RG 59, BFS-Plans and Development, 1955-60, box 43. El énfasis es nuestro.

Así se entendían los Estudios Norteamericanos y así debían ser promocionados en el exterior. Unidad que respondía —aparte de a las motivaciones de profesores, escritores o artistas que se dedicaban profesionalmente a los mismos— al intento gubernamental de utilizarlos para presentar una imagen positiva del conjunto de la sociedad norteamericana.

La tentativa en pro de institucionalizarlos y elevar su valoración como producto cultural de calidad no resultó sencilla, ni siquiera en el interior del propio país americano. No pocos estadounidenses sufrían una suerte de complejo de inferioridad respecto a las tradiciones culturales europeas. Muchos se preguntaban: ¿tenemos nosotros una verdadera, e independiente de la sombra británica, *American culture*? Tales vacilaciones se disiparon muy lentamente. Situación que, lógicamente, ayudó bien poco a la consolidación de los *American Studies*.

American Studies para un mundo bipolar

> The history of American culture in Europe after 1945 has not been written. The same is true of the story of European resistance against the spread of U.S. culture, often labelled anti-Americanism.[1]

Pese a que han pasado ya algunos años y ha aparecido un conjunto de obras sobre la dimensión cultural de la guerra fría, la cita anterior sigue siendo pertinente. Todavía se desconocen la mayor parte de los entresijos de aquel proceso de emisión y recepción cultural, de las reacciones que causó, del modo en que los europeos adaptaron ese influjo que les llegaba del otro lado del Atlántico.

Los factores que intervinieron en la acogida que los Estudios Norteamericanos tuvieron en cada país europeo fueron múltiples. Entre aquellos se podrían citar: la relación histórica con Estados Unidos, el peso e importancia geopolítica de cada nación, el nivel de desarrollo del sistema educativo en general y del universitario en particular, junto a la animadversión o la valoración positiva hacia la gran potencia por parte de la ciudadanía en general.

Todas estas variantes, además, oscilaron con el tiempo e interactuaron de forma dispar. Tampoco debe obviarse, pues en algún caso supuso un componente elemental porque eclipsó a los condicionantes anteriores, el grado de importancia que la Casa Blanca concedió en las diversas coyunturas a mantener una relación fluida y de amistad con cada uno de los países. No todas las piezas del rompecabezas de la arena internacional eran igual de valiosas a la hora de contener el comunismo. Unas fueron más valoradas que otras y se puso mucho más dinero para convencerlas de la conveniencia de estar de su lado, o para atraerlas si no lo estaban. Las partidas presupuestarias destinadas a potenciar la difusión de los *American Studies* en el exterior se vieron determinadas por esta última

[1] STEPHAN, Alexander; "Cold war alliances and the emergence of transatlantic competition: an introduction" en el libro editado por este autor: *The Americanisation of Europe: culture, diplomacy, and anti-Americanism after 1945*, New York, Berghahn Books, 2006, p. 1.